

HENRY DAVID THOREAU
UNA VIDA

LAURA DASSOW WALLS

HENRY DAVID
THOREAU
UNA VIDA

Traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra



Título original: *Henry David Thoreau. A Life*

1.ª edición, 2019

Directores de colección: Luis Gómez Canseco
y Antonio Sánchez Jiménez

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Jose Luis Paniagua

© 2017 by the University of Chicago. All rights reserved
© De la traducción: Javier Alcoriza y Antonio Lastra, 2019
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.catedra.com

ISBN: 978-84-376-4049-5
Depósito legal: M. 25.801-2019
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Richard von Dassow (1939-1967),
artista y poeta,
que se fue antes

Sé tú mi musa, mi hermano...

Índice

PREFACIO	13
----------------	----

INTRODUCCIÓN: LA TIERRA DEL RÍO DEL LECHO DE

HIERBA.....	23
La punta de flecha de Tahatawan	23
Cercados y terrenos comunales.....	26
La génesis de Musketaquid	29
La llegada de los ingleses	32
Vivir la Revolución.....	37

Parte primera

LA FORJA DE THOREAU

1. LOS HIJOS E HIJAS DE CONCORD	41
Llegada a Concord	41
Los primeros años de John y Cynthia Thoreau	49
La construcción del hogar en Concord	54
2. ENSEÑANZA SUPERIOR DE CONCORD A HARVARD (1826-1837).....	67
Educación en Concord	67
Retrato de Harvard.....	74
Aprender a abandonar Harvard	88

3.	APRENDIZAJE TRASCENDENTAL (1837-1841).....	98
	<i>Sic Vita</i>	98
	Cultura propia trascendental	102
	Cultura social en Concord	106
	La escuela de Thoreau.....	111
	«No hay más remedio para el amor que amar más»	117
	Compensaciones	129
4.	«HASTA QUE NO ESTEMOS PERDIDOS» (1842-1844)	138
	La muerte de John Thoreau	138
	«¡Desde luego que la alegría es la condición de la vida!».	
	Nuevos amigos, nuevas aventuras.....	145
	Thoreau en Staten Island.....	161
	El camino a Walden	174

Parte segunda

LA FORJA DE WALDEN

5.	«WALDEN, ¿ERES TÚ?» (1845-1847)	191
	Preparativos	191
	En la laguna de Walden: la primera estación.....	196
	En los extremos 1: Thoreau en la cárcel	215
	En los extremos 2: Thoreau en Katahdin	224
	Abandonar Walden	235
6.	VIDA DE ESCRITOR (1847-1849)	239
	«¿Va a ser mi padre?». Thoreau en casa de los Emerson	239
	«Las conferencias se multiplican en mi escritorio»: Tho- reau encuentra su público	248
	«Desobediencia civil»	254
	Una cesta de textura delicada: Thoreau teje <i>Una semana</i>	260
7.	DE CONCORD AL COSMOS: EL GIRO CIENTÍFICO DE THOREAU (1849-1851).....	278
	«La ley que revela»: el Cabo Cod.....	278
	«Incluso este puede ser el año»: 1850.....	287
	«El capitán del partido de los arándanos».....	311

8.	LA BELLEZA DE LA NATURALEZA, LA VILEZA DE LOS HOMBRES (1851-1854).....	316
	Abolición y reforma tras la Ley de Esclavos Fugitivos	316
	El eremita en casa	324
	La ley superior de Chesuncook a <i>Walden</i>	335
	Leer <i>Walden</i>	351

Parte tercera
SUCESIONES

9.	WALDEN EN LA CALLE MAYOR (1854-1857)	361
	«¿Qué aprovecha?»: Thoreau tras <i>Walden</i>	361
	Enfermedad y convalecencia	373
	«La infinita extensión de nuestras relaciones»	385
10.	FRUTOS SILVESTRES (1857-1859).....	404
	Las últimas excursiones al Cabo Cod y a los bosques de Maine	404
	Vida en los terrenos comunales: ciudad, montaña, río	422
	«Un trascendentalista por encima de todo»: Thoreau y John Brown	443
11.	UNA CONSTANTE CREACIÓN NUEVA (1860-1862).....	456
	El año de Darwin	456
	«El oeste del que hablo»: el último viaje de Thoreau	474
	«Las hojas nos enseñan a morir»	490
	AGRADECIMIENTOS	499
	NOTAS	505
	ABREVIATURAS.....	565
	TABLA DE EQUIVALENCIAS PARA LAS UNIDADES DE MEDIDA	568
	BIBLIOGRAFÍA	569
	ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO.....	593

PREFACIO

¡Qué jóvenes filósofos y experimentadores estamos hechos! No hay uno solo de mis lectores que haya vivido una vida humana en su integridad.

HENRY DAVID THOREAU
Walden

Todo el que llega a Thoreau tiene una historia. La mía empieza en una librería de barrio en la que saqué un libro del estante simplemente porque era pequeño y verde, como el librito verde que llevaba conmigo (y había robado de la biblioteca de mi padre) de un escritor llamado Ralph Waldo Emerson. «Hay una sola mente común a todos los individuos», empezaba. «La historia es el registro de las obras de esa mente». Para una adolescente inquieta e idealista, eso era como hierba para gatos. ¡Y aquí estaba otro libro verde! Tenía un título doble: *Walden y Desobediencia civil*: «He vivido treinta años en este planeta —leía— y aún no he oído la primera sílaba de un consejo valioso, ni siquiera serio, de mis mayores». Tenía sentido. No confíes en nadie que tenga más de treinta, decíamos todos, pues era obvio que el mundo adulto estaba loco. Cada tarde abría el periódico en el porche y leía los titulares: cuántos soldados habían muerto en Vietnam, dónde habían estallado los últimos disturbios, cuáles de mis héroes acababan de ser asesinados. «Esto es la vida —seguía diciendo la nueva voz verde—, un experimento que aún no he llevado a cabo, pero no me sirve que otros lo hayan intentado»¹. ¡Más hierba para gatos! Compré el libro y me lo llevé al colegio. Cuando tuve que volver a acudir a la concentración de fútbol, me separé al salir, me senté en un montículo de

césped cercano y abrí mi ejemplar de *Walden*, manteniéndolo en alto para que mis profesores pudieran ver el título. Me dejaron en paz y desde entonces he ido al paso de la música de ese otro tambor.

Empecé esta biografía para volver a la figura que abrió ese espacio para el pensamiento independiente, para aprender cómo abrió ese espacio para sí mismo. «Un hombre es un haz de relaciones, un nudo de raíces cuya flor y fruto es el mundo», escribió Emerson². Las raíces de Thoreau estaban en Concord, Massachusetts, donde nació en 1817, lejos del Seattle de 1970. Pero si la vida de Thoreau hubiera tenido una duración normal, mi abuela podría haber estrechado su mano; nuestro mundo es parecido, en muchos sentidos la flor y fruto del suyo. Hace doscientos años la democracia americana aún era ruda, experimental e incierta, especialmente en Concord, donde América era un asunto familiar, con el que una generación había tenido que vérselas y que estaba a punto de pasar a la siguiente. Thoreau sintió el peso de esa responsabilidad más que la mayoría y, cuando volvió a casa de la universidad, se propuso reexaminar las raíces de la democracia para sí mismo. Para él estaba claro que la Revolución americana estaba incompleta: la desigualdad iba en auge, el materialismo era rampante y la economía americana dependía por completo de la esclavitud. Sin embargo, con una terrible ironía, sus mayores parecían contentos dejando que ese estado de cosas, del que todos salían beneficiados, se mantuviera. No, no podía confiar en ellos; él debía llevar a cabo el experimento por sí mismo.

En la época en que Thoreau construyó su casa en la laguna de Walden, a las afueras de la ciudad, había llegado a la mayoría de edad entre un círculo de intelectuales radicales llamado «trascendentalistas», por su creencia en ideas superiores que «trascienden» la vida cotidiana. Emerson era su líder; se había mudado a Concord mientras Thoreau estaba en Harvard, en la promoción del 37. De vuelta a casa, Thoreau encontró a su nuevo vecino declarando la independencia intelectual de América, como si su propio hogar se hubiera convertido en un hervidero de activismo antiesclavista. Thoreau se unió a la nueva revolución, pero hacia 1844 estaba menos seguro de que Emerson, ahora su mentor, tuviera todas las respuestas. El dilema que tenía ante sí no era vivir la Revolución americana como historia muerta, sino como una experiencia viva que pudiera anular y seguir anulando las convenciones arraigadas y los hábitos cómodos. Mudarse a la laguna

de Walden tenía por eso un propósito doble: le ofrecía un retiro de escritor, donde Thoreau podría seguir su vocación como buscador espiritual, filósofo y poeta, y le ofrecía un escenario público en el que Thoreau podría dramatizar su revolución de conciencia individual, haciendo de su protesta una suerte de arte performativo.

Al escribir *Walden*, Thoreau alentaba a sus lectores a llevar a cabo el experimento de la vida por sí mismos en lugar de heredar sus términos de otros, incluido él mismo. Cuando volvió de Walden y se convirtió de nuevo en un miembro operativo de una gran familia en la ciudad, trató de introducir en el corazón de la América ordinaria su creencia en la vida como una busca de la verdad superior. Suele decirse que Thoreau se volvió a la «Naturaleza», pero, para ser precisos, realmente se volvió a los «terrenos comunales», espacios que, entonces, aún seguían abiertos a cualquiera: bosques, campos y cimas, lagunas y espesuras de arándanos, ríos, prados, veredas que ascendían a las montañas, las grandes playas abiertas a la orilla del Atlántico. Casi todos sus escritos usan accidentes geográficos y cuencas para explorar los terrenos comunales, expandiendo nuestra herencia natural e intelectual compartida hasta tocar el cosmos mismo. Cuando Thoreau navegó por los ríos Concord y Merrimack viajó por la profunda corriente del tiempo, cuando caminó por las orillas del Cabo Cod mojó los pies en un océano salvaje que se extendía por todo el globo, cuando se aupó a los hombros del monte Katahdin respiró el fino viento frío de un planeta en el espacio estelar.

Este punto de vista —tiempo profundo, espacio planetario— estructuró el pensamiento de Thoreau desde sus años en Harvard en adelante. Leía al menos en seis lenguas; para él, la literatura era literatura *universal*, empezando por la palabra escrita misma —Homero, Virgilio, la Biblia, las antiguas escrituras de India y China, la poesía antigua inglesa— hasta lo último en filosofía alemana y ciencia, las historias francesas del Nuevo Mundo, la poesía romántica más adelantada de Inglaterra y la prosa más vigorosa de Escocia. Thoreau llenó docenas de cuadernos con extractos de cientos de volúmenes, creando su propia biblioteca de trabajo: poesía, historia, ciencia, antropología, viaje y exploración. Su curiosidad feroz hacía que el menor detalle en su patio trasero le hablara de tiempos y espacios remotos: los granjeros que trabajaban en sus campos evocaban las *Geórgicas* de Virgilio, los exploradores árticos le ayudaban a analizar el invierno

en Nueva Inglaterra, los obreros irlandeses le mostraban el *Bhagavad Gita* en las aguas de Walden. Durante las décadas de 1840 y 1850 el compromiso de Thoreau con el activismo social se intensificó a medida que vinculaba las acciones de sus vecinos del norte con la perpetuación de la esclavitud en el sur, una conexión que lo llevó a sus famosos actos de protesta: su noche en prisión por no pagar impuestos, su ensayo «Desobediencia civil», su furiosa denuncia de la «Esclavitud en Massachusetts», su apasionado respaldo del intento de insurrección de John Brown. Cuando la muerte calmó su voz justo tras el estallido de la Guerra Civil, los amigos de Thoreau no solo lo lloraron a él sino también la pérdida de todo el trabajo que había empezado y que no viviría para terminar.

Cuando empecé a escribir este libro el término «Antropoceno» era una novedad: los seres humanos, sugerían los científicos, se habían convertido en una fuerza geológica que cambiaba el planeta mismo. Conforme iba trabajando me di cuenta de que el periodo de vida de Thoreau, aunque breve, había sido lo suficientemente largo como para contemplar y registrar la llegada de la época antropocena a América. Nació en una granja de la época colonial con una economía de subsistencia basada en la agricultura, en una tierra que había dado sustento a una comunidad angloamericana durante dos siglos y, antes de ella, a comunidades nativas americanas durante once mil años. El paisaje de Thoreau había sido moldeado por la gente desde el deshielo de los glaciares. En el momento de su muerte, en 1862, la Revolución Industrial había remodelado su mundo: el ferrocarril transformó Concord de una economía local de pequeñas granjas e industria artesanal en un nudo suburbano dentro de una red global de granjas y fábricas industriales. Sus amados bosques se habían reducido y los ríos rurales por los que navegó en su juventud impulsaban molinos de algodón. En 1843, el ferrocarril irrumpió por uno de los lados de la laguna de Walden, pero en 1845 Thoreau construyó allí su casa de todas formas, para afrontar el ferrocarril como parte de su realidad. En la época en que dejó Walden, al menos veinte trenes de pasajeros y de carga chirriaban a diario a su paso por su casa. Su respuesta fue hacer una llamada a sus vecinos: «Simplificad, simplificad». En lugar de apresurarse a ganar más dinero para hacerse con los últimos artilugios de China, Europa o las Indias Occidentales —alimentando una economía que crecía descuidadamente, escribió, como la cizaña—,

Thoreau llamaba al cultivo consciente del ser interior y de una comunidad mayor, a un crecimiento espiritual en lugar de material a través de la educación, el arte, la música y la filosofía. Cuando escribió que «un hombre es rico por la cantidad de cosas de las que puede prescindir» no se refería a una renuncia ascética, sino a una redefinición de la verdadera riqueza como interior en lugar de exterior, con la aspiración de convertir la vida misma, incluso los actos más simples de la vida, en una forma de arte. «Ahí está Thoreau», decía uno de sus amigos más íntimos. «Dadle la luz del sol y un puñado de nueces y tendrá suficiente»³.

La propia familia de Thoreau prosperó desde la penuria hasta una respetabilidad de clase media cuando su padre fundó una pequeña fábrica de lápices. A Thoreau le gustaba la maquinaria y sus inventos y mejoras del proceso de manufactura trajeron prosperidad a su familia. Para pagar sus gastos, incluyendo las facturas por vivir en la pensión familiar, trabajó como jornalero y circunstancialmente montó su propio negocio como agrimensor. Cuando no estaba trazando límites de propiedad estaba cruzando esos límites en su propia empresa privada como caminante y escritor, ganando solo lo suficiente publicando y dando conferencias para pagar los gastos de viaje. Cuanto más cerca de la naturaleza vivía y trabajaba Thoreau, más le atraía la ciencia, puesto que trabajar con las cosas siempre fascinó su mente de ingeniero; su busca de entendimiento del «haz de relaciones» de la naturaleza hizo de él un pionero de la ciencia ecológica mucho antes de que el campo existiera. Sin embargo, cuanto más profundamente entendía la ciencia natural, más intensamente anhelaba algo más allá del entendimiento, lo que él llamaba «lo salvaje». En «Caminar», uno de sus ensayos más famosos, Thoreau declaró su credo: «En lo Salvaje está la preservación del mundo». En años posteriores llevó un diario detallado para registrar sus observaciones de la naturaleza (incluyendo la naturaleza humana), anotando la fecha de cada floración, la fecha en que el hielo se derretía en la laguna de Walden, cuándo cambiaban las hojas de color y las fechas y lo copioso de las nevadas. Se jactaba de que mirando las flores podía decir en qué día del mes se encontraba con dos días de margen. Los científicos están usando ahora sus meticulosos registros para trazar con precisión el comienzo cada vez más temprano de la primavera y la permanencia del otoño, mientras año tras año el cambio climático acorta los inviernos y altera la composición de las comunidades de plantas de Walden⁴.

Pero hoy, como han mostrado esos científicos, el calendario de flores de Thoreau se ha trastornado, puesto que las sincronías que documentó están perdiendo el ritmo. Sus registros nos ayudan de este modo a medir la llegada del Antropoceno que amenaza con derrocar todo aquello en lo que creía. Thoreau podía mirar la «Naturaleza» como una fuente eterna de renovación y regeneración, una fuerza sagrada capaz de curar incluso los actos más profundos de destrucción humana, incluyendo la esclavitud, la guerra y la catástrofe ambiental. Terminó *Walden* con una visión extática de las fuerzas regenerativas del cosmos y, al final de su vida, cuando se ocupó de *El origen de las especies* de Darwin, vio enseguida que la teoría de la evolución significaba que la naturaleza era una «nueva creación constante», un principio creativo permanentemente en marcha, por todas partes, todos los días. Que las acciones de los seres humanos y los antiguos combustibles fósiles que excavaban en la tierra para alimentar los motores de la industria pudieran alterar fundamentalmente aquellos procesos naturales —cambiando la composición química de la atmósfera y de los océanos circundantes, derritiendo los polos, matando el invierno, matando la vida misma— estaba más allá de las estimaciones de Thoreau. ¿Puede sostenerse su fe cuando la naturaleza, al menos la naturaleza que conoció, ha llegado a su fin?

Creo que puede y que lo hará. Thoreau podía especular con que incluso un ligero cambio en los procesos naturales —un invierno algo más frío, una inundación algo mayor— podría llevar a la humanidad a su fin: tan dependientes somos de una naturaleza salvaje que no nos da garantías. Por ello hizo hincapié en vivir «deliberadamente», es decir, en vivir percibiendo y sopesando las consecuencias morales de nuestras elecciones. «Desobediencia civil» insiste en que las decisiones que tomamos crean nuestro entorno, tanto político como natural: *todas* las decisiones, incluso las más nimias y aparentemente triviales. La suma de esas decisiones se sopesa sobre las escalas del planeta mismo, un planeta, como la laguna de Walden, sensible y vivo, en el que es rápidamente mensurable el menor cambio y registrable con sonido y forma. Para Thoreau esto era motivo de un tremendo optimismo: a medida que la ciudad se expandía y caían los viejos árboles, plantaba otros nuevos y se deleitaba en el bosque joven. Aunque los colonos ingleses habían exterminado muchos animales de Nueva Inglaterra (el castor, el lobo, el oso y el puma, el alce y el ciervo, el pavo salvaje), aún quedaban muchos, los suficientes para darle la seguridad de que

lo salvaje estaba en todas partes, listo para sembrar y recuperar lo que se había perdido. Sus últimas obras, inacabadas, *Frutos silvestres* y *La dispersión de las semillas*, enfatizan cómo las semillas más pequeñas, sueltas en el aire o acarreadas por los seres más pequeños, podrían transformar el mundo. Todo lo que los humanos necesitan es aprender a trabajar con, en lugar de contra, las corrientes vitales de la vida. Los libros que Thoreau no vivió para terminar tratan de cómo construir una comunidad de vida y murió con la fe de que sus palabras, como semillas, echarían raíces y crecerían. Exactamente en la medida en que nosotros, hoy, compartamos su creencia en el futuro de la vida y actuemos en ella, seguirá hablándonos.

Henry Seidel Canby, en su biografía de Thoreau de 1939, enumeró media docena de biografías que podría haber escrito en su lugar: Thoreau como artista creativo, místico Pan de Concord, joven rústico local que tuvo éxito, trascendentalista en conflicto con la ciencia moderna, individualista en conflicto con la sociedad⁵. Como Canby reconocía, Thoreau no ha quedado nunca cogido entre cubiertas; era demasiado quijotesco, travieso, polifacético, paradójico. Incluso los amigos que mejor lo conocían desesperaron de hacer un retrato fiel sobre el papel. Sin embargo, cada generación ha tratado de dar vida a Thoreau a su modo. En la línea de esa tradición, yo trato de dar vida a Thoreau para nuestro tiempo, basando mi historia principalmente en los diarios, cartas y escritos de Thoreau y sus conocidos. Hay muchos huecos en el registro; ¡lloré cuando leí la explicación de Sophia Thoreau de quemar las cartas de la familia de Thoreau como el «triste deber» del último miembro superviviente de la familia!⁶. Pero queda mucho. De hecho, como esta biografía amenazaba con expandirse hasta los dos volúmenes, me di cuenta de que hacerla asequible a un amplio número de lectores requería tomar decisiones difíciles. No podía incluir la historia interna completa contada por el inmenso *Diario* de Thoreau, que habría requerido un segundo volumen. Tampoco podía incluir extensas lecturas críticas de los muchos libros y ensayos de Thoreau, que añadirían cientos de páginas. Afortunadamente, muchas interpretaciones ricas y variadas de sus obras están ya disponibles⁷.

Lo que ofrezco en su lugar es una lectura de la vida de Thoreau *como escritor*, puesto que, sobre todo, hizo de su vida misma una forma extensa de composición, una suerte de libro abierto, vivo. Espero

que mis lectores se sientan inspirados a volverse hacia las propias palabras de Thoreau para ver por sí mismos cómo escribió su vida. Los lectores interesados encontrarán también muchos incidentes adicionales y matices de significado en biografías anteriores. Como uno de sus biógrafos recalcó una vez, biografías diferentes no «se anulan o sustituyen por completo unas a otras» sino que hacen hincapié, proporcionan información y perspectivas particulares que mantienen en curso la conversación sobre «ese hombre y escritor elusivo, complejo y dotado que fue Henry Thoreau». Estoy completamente de acuerdo y espero que mi esfuerzo impulse este diálogo en curso⁸.

Las biografías más parecidas a la mía son *The Days of Henry Thoreau* (Los días de Henry Thoreau) de Walter Harding, una crónica exhaustiva de los acontecimientos y documentos conocidos; *Henry David Thoreau: A Life of the Mind* (Henry David Thoreau: una vida del espíritu) de Robert D. Richardson, una indispensable biografía intelectual de Thoreau que rastrea en detalle su recorrido mental según vivió, leyó y escribió, y *Natural Life: Thoreau's Worldly Transcendentalism* (Vida natural: el trascendentalismo mundano de Thoreau) de David Robinson, una biografía espiritual profunda e inteligente de la vida de Thoreau en la naturaleza. Todas son ejemplares y he aprendido inmensamente de ellas. Mis muchas deudas y sugerencias están registradas en las notas. También mis notas podrían ser mucho más extensas, puesto que, como los escritos de Thoreau son todos autobiográficos, virtualmente todo estudio de su obra involucra algún aspecto de su pensamiento en el contexto de su vida. El verdadero estudiante de Thoreau y de su tiempo querrá explorarlos ampliamente⁹.

Sin embargo, el Thoreau que yo he visto no estaba en ningún libro y por eso he escrito este. Hoy, dos siglos después de su nacimiento, hemos inventado dos Thoreau, ambos eremitas, aunque radicalmente en desacuerdo entre sí. Uno habla por la naturaleza, el otro por la justicia social. Pero el Thoreau histórico no era un eremita y, como los registros del propio Thoreau muestran, su activismo social y su defensa de la naturaleza emergen de la misma raíz: encontró sociedad en la naturaleza y encontró la naturaleza en todas partes, incluyendo el centro de la ciudad y el corazón humano. De modo que donde otros ven cisma yo veo el «haz de relaciones» y el «hatillo de raíces» de Emerson, raíces de las que la vida y los escritos de Thoreau son la flor y el fruto. La extensión de su vida se ajusta al tiempo profundo, incluso geológi-

co, de la tierra por la que caminó y estudió y de la historia social de su familia, su ciudad y su nación, que eran ya parte de una red global. Thoreau mismo encarnó tan profundamente esta narrativa entrecruzada que, a su muerte, sus amigos dijeron que su verdadero memorial era la propia Concord. Es cierto que a veces vivió en tensión con sus conciudadanos, pero estuvo siempre cerca de ellos y a veces entre ellos: un tábano que no podía evitar aguijonear a sus vecinos para despertarlos. Esta relación moldeó cada una de sus palabras. Puesto que sus ideas iban por delante de su tiempo, Thoreau se encontró con frecuencia con su voz silenciada y censurada, con tanta frecuencia que a veces me sorprende que encontrase la valentía necesaria para seguir hablando en absoluto.

En resumen, Thoreau luchó toda su vida para encontrar una voz que pudiera oírse a pesar del estrépito del cinismo y del balbuceo de la convención. Que fue un hijo cariñoso, un amigo devoto, una presencia viva y carismática que llenaba la habitación, que se reía y bailaba, que cantaba y bromeaba y lloraba, no haría falta decirlo. Pero asombrosamente hace falta, puesto que cierta deformación de la sensibilidad nos ha traído a un Thoreau helado, frío como un misántropo, lleno de espinas, aislado como un eremita y fastidioso. Desde luego podía ser frío, espinoso, ocasionalmente eremítico e incluso fastidioso, rasgos que espero esta biografía haga claros, tal vez comprensibles. Mi auténtica pregunta es cómo podía ser todo esto y ser también un escritor de primera categoría, un científico natural que nos ha dado la profunda poesía de la escritura de la naturaleza, un activista político que, en nombre del bien común, dio a los débiles su herramienta más poderosa contra los fuertes y un buscador espiritual que nos alentó a cada uno de nosotros a adentrarnos en el gran experimento de la vida. Thoreau se ganó la devoción de sus amigos que no veían en él a un santo, sino algo tal vez más raro: un ser humano viviendo una vida humana por completo.

NOTAS DE USO

La palabra «indio», un término amplio utilizado por los europeos invasores para referirse a todas las naciones y pueblos nativos de Norteamérica y Sudamérica, es hoy controvertida y no ha surgido ningún

sustituto único y satisfactorio. Me he referido, cuando eran conocidas, a específicas afiliaciones tribales; este uso, preferido en la actualidad, respeta la lucha continua por la pervivencia cultural y la soberanía política nativas. Cuando hablo a través de mi propia voz narrativa, uso los términos «indígena» o «nativo»; pero cuando hablo a través de Thoreau y sus contemporáneos, uso, como ellos hacían, el término «indio». Hacerlo de otro modo no solo sería anacrónico, sino que no tendría en cuenta las limitaciones que había en los días de Thoreau, limitaciones que constreñían lo que él podía pensar, incluso aunque pelease por pensar, más allá de «los» indios, para ver indios, en plural, individualizados, intelectualmente soberanos y vitales para cualquier visión de América.

En referencia a la distinción entre «Naturaleza» y «naturaleza»: este término se usaba frecuentemente como la expresión trascendentalizada o universalizada de un ideal sagrado o divino, en contraste con la naturaleza «de jardín». Es una diferencia a la que Emerson se atiene y Thoreau, por supuesto, suele seguir a Emerson en esto. Escribo «Naturaleza» con mayúscula cuando designa una esencia divina o sagrada y la mantengo con minúscula cuando se usa la palabra en nuestro sentido moderno, secular.

Introducción

LA TIERRA DEL RÍO DEL LECHO DE HIERBA

Los alemanes dicen: *Es ist alles wahr wodurch du besser wirst* (Es verdad todo aquello que te hace mejor).

HENRY DAVID THOREAU

22 de octubre de 1837

LA PUNTA DE FLECHA DE TAHATAWAN

Una tarde de domingo, a finales de septiembre de 1837, pasó algo que el joven Henry Thoreau no podría sacarse de la cabeza. Le tentó durante un mes, hasta que acabó consignándolo en su nuevo diario. ¿Merecía la pena registrarlo? Tal vez. Lo intentó: tras pasar el día buscando reliquias indias, él y su hermano pasearon hasta la orilla del río para ver el atardecer. Henry, en un raptó de inspiración y gesticulando salvajemente, irrumpió con «un elogio extravagante a esos tiempos salvajes»: «Allí en Nawshawtucl —dije yo— estaba su alojamiento, el *rendezvous* de la tribu, y más allá, en la colina de Clamshell, su campo de banquetes». Con cuánta frecuencia debieron estar los indios en aquel mismo lugar, a aquella misma hora —¡igual que John y Henry!— viendo el atardecer sobre el río Musketaquid, en contacto con los espíritus de sus padres fallecidos ante ellos. «Aquí —grité— estuvo Tahatawan y allí (para completar el periodo) está la punta de flecha de Tahatawan». Allí se sentaron y Henry, «para seguir con la broma, alargó su mano para coger una piedra cualquiera y ¡mirad! ¡Resultó ser una punta de flecha perfecta, tan afilada como recién salida de las manos del fabricante indio!»¹⁰.

Es una historia desenfadada: simplemente dos hermanos jugando a los indios. Pero cuando la mano de Henry asió algo real, su imagina-

ción juvenil atrapó una verdad adulta. La punta de flecha, dura y afilada, no parecía un resto del pasado sino una cosa viva que un ancestro le había legado; como si el mismo Tahatawan se hubiera materializado a su lado y le hubiese ofrecido una opción: burlarse de aquello como de una superstición o tomarlo como verdad. Al consignar la historia en su diario, Henry tomó una decisión: lo *haría* real. Esa opción lo apartaría de su familia, amigos y vecinos; a diferencia de ellos, Henry David Thoreau sería *escritor*. Esto significaba aceptar la doble conciencia del escritor, separando al yo que vive del yo que escribe, abriéndose a una doble visión: presente y pasado, blanco e indio, civilizado y salvaje, hombre y naturaleza. Saltar esa brecha había sido el motivo de empezar con esa broma, el tipo de dramatización que suele acabar cuando pasa la niñez. Pero Thoreau, hurgando en la muesca del tiempo con el filo de la hoja de piedra, sintió que esa brecha se cerraba de golpe. El tiempo se replegó y, por un instante, montó ambas partes, contemplando dos realidades en una.

Aún no estaba del todo allí aquel domingo viendo el atardecer desde la orilla del río. Se acercó más un mes después cuando abrió su *Diario* para responder a la llamada de Emerson: «¿Qué estás haciendo ahora? —me preguntó— ¿Llevas un diario? Así que hoy anoto mi primera entrada». Allí había empezado. Pero ¿qué significa ser un escritor? Al principio Thoreau tanteó el terreno; tenía muchos años por delante. En ese pequeño experimento convirtió su pequeña historia de la punta de flecha en una historia sobre *él mismo contando* una historia, sintiéndose un poco estúpido, pero a la vez sintiéndose genuinamente estremecido. El siguiente paso fue el crucial: supo que estaba «elaborando» la historia de la punta de flecha igual que la punta de flecha había sido elaborada, o «fabricada», por la mano de los indios. Pero, precisamente porque sabía que estaba elaborándola, se hizo real para él, puso mucho en ella, se convirtió en un compromiso. ¿Podría ser verdad? Sí, Emerson se lo había dicho. De modo que al final de su primera entrada escribió Thoreau lo que Emerson había dicho: «*Es ist alles wahr wodurch du besser wirst*». Es verdad todo aquello que te hace mejor¹¹.

Thoreau estaba aprendiendo a hacer que las cosas hablaran, aprendiendo su trayectoria como artista. Pero ¿dónde estaban los indios vivos? Nashoba, la ciudad que Tahatawan ayudó a construir, había sido borrada del mapa en la guerra del rey Felipe: en 1675, a medida

que el terror cundió entre los ingleses, el gobierno colonial ordenó confinar a los indios conversos. Los cincuenta y ocho residentes de Nashoba fueron evacuados a la casa de John Hoar en Concord (ahora la Casa del Huerto de Alcott), donde Hoar y la gente de Nashoba construyeron juntos una empalizada para proteger su nuevo hogar y sus tiendas. Hoar insistió en decirle al resto de Concord que los Nashoba eran pacíficos e industriosos, que no suponían una amenaza, a pesar de que varios soldados de Concord habían sido asesinados en una masacre cercana. Un domingo, un capitán del ejército fue a la iglesia a suscitar el odio contra los indios y la gente de Concord lo oyó y se mantuvo en silencio. Al no oír objeción alguna, el capitán y sus tropas dirigieron una multitud de «cien o doscientos» hombres hacia la casa de John Hoar, echaron la puerta abajo, apresaron a los cincuenta y ocho indios que había dentro —la mayoría mujeres y niños—, saquearon su ropa, zapatos, vajillas y reservas de alimento y los hicieron marchar al campo de prisioneros de la isla de Deer en el puerto de Boston. Tras una larga y miserable temporada alimentándose de almejas y algas, los vendieron como esclavos¹². Así perecieron Tahattawan y su pueblo.

O esa es la historia. De hecho, muchos nativos de Concord sobrevivieron, incorporándose a la vida ordinaria de la ciudad. En 1676, por ejemplo, uno de ellos, Tom Doublet, ayudó a liberar a Mary Rowlandson de su famoso cautiverio. Pero en 1734, Sara Doublet, la última descendiente, vieja y ciega, vendió la última tierra de su familia para pagar a quien la cuidaba. Familia a familia, acre a acre, la tierra de los nativos de Concord fue disminuyendo en el mercado. Aun así siguieron viviendo, manteniendo discretamente sus costumbres y sus lazos familiares. Algunos se hicieron granjeros que cazaban y pescaban como antaño. Muchos se hicieron a la mar como balleneros, como recordarán los lectores de *Moby Dick* de Melville. Otros trabajaron como obreros o en fábricas. Algunos tejían cestas, escobas y alfombras, vendiéndolas de puerta en puerta, a veces siguiendo rutas fijas para retener clientes¹³. De una manera conmovedora, *Walden* empieza con un «conocido abogado» que rechaza a uno de esos vendedores de cestas indios. La lección, dice Thoreau, no es dejar de tejer cestas sino «evitar la necesidad de venderlas», subvertir el mercado moderno. Pero la ironía es más profunda: el abogado era Samuel Hoar, un descendiente de John Hoar y el patriarca de la importante